¿Gracias por todo?

EN EL MOMENTO devocional esa mañana el capellán nos había hablado de estar agradecidos por todo. Y yo, una joven sin mucha experiencia, no comprendí totalmente el mensaje, así que pronto me olvidé de eso mientras me dirigía a mis labores.

La supervisora me asignó a la paciente del cuarto 108 y me acompañó para presentarme:

—Cuquita, la señorita Sánchez la atenderá esta mañana.

— Gracias, señorita, le agradezco mucho— me sonrió Cuquita.

La condición de Cuquita era sumamente delicada. Lo único que la enfermedad le permitía mover era lo boca, los ojos y un poco un hombro, que le servía para tocar el timbre cada vez que necesitaba algo y, ¡vaya que lo hacía sonar!

En la condición que estaba esperaba que fuera una persona muy difícil. Y, sí, tenía una manera particular de solicitar las cosas, y un ritual para cada una de ellas, que había que seguir al pie de la letra. De otra manera bombardeaba con palabras no muy corteses de su parte. Sin embargo, aunque algunas veces me equivoqué y, al no seguí sus indicaciones, recibí muchos regaños, siempre terminaba diciéndome: «Gracias, señorita Sánchez», con una gran sonrisa.

A Cuquita le gustaba cantar y que le leyeran; y de hablar, ni se diga. Sabía cuatro idiomas, y así postrada como estaba había aprendido muchas cosas durante los más de cuarenta años en esa situación.

Esa tarde, cuando mi turno terminó, salí pensando en las palabras del versículo que habíamos leído en el culto de la mañana: «Dad gracias a Dios en todo, porque esta es la voluntad de Dios para vosotros en Cristo Jesús» (1 Tesalonicenses 5:18).

Creo que a veces nos parecemos a Cuquita: aunque no podemos hacer nada por nosotros y dependemos totalmente de Dios somos exigentes con él y queremos que las cosas sean como a nosotros nos parece que deben ser. Tenemos un «ritual» para cada cosa, y cuando no se hace conforme a lo que esperamos nos enojamos, lloramos, nos deprimimos y hasta no queremos saber nada de la Biblia ni de la iglesia. Pero al final, terminamos diciendo como Cuquita: «Gracias, Señor». Y me imagino a Dios viéndonos con sus ojos llenas de amor y ternura y aceptando nuestra gratitud con una sonrisa.

Las razones por las cuales debemos estar agradecidos son muchas y variadas. La mayoría son buenas razones como un año más, la salud, la familia, la iglesia, etcétera; pero algunas razones por las cuales agradecer no son tan agradables, como la separación de algún ser amado, una enfermedad, un problema, etcétera. Sin embargo no dejemos de agradecer por todo pues, recordemos, esa es la voluntad de Dios para cada uno de nosotros.

Rosa Elva Sánchez
Asociación Pacífico Sur
Unión Interoceánica, México